Año VIII — Barcelona 6 de Septiembre de 1911 — Epoca 4.ª—Número 79

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

En plena democracia

De nuevo caen sobre Tierra y Libertad una racha de denuncias. Otra vez las iras fiscales se ceban sobre esta publicación, intentando detener nuestra marcha ascendente de propagadores del bien común, con procesos y más procesos que ya forman enormes montañas de papel sellado en Juzgados y Relatorías.

Un día dijo el funesto y odiado Maura que la libertad se había hecho conservadora; todos reímos la frase por la desfachatez y cinismo que encerraba, pero vino el señor Canalejas á substituir en la gobernación del Estado al político mallorquín, y la frase que antaño nos hiciera reir ha tomado forma real en manos del demócrata don José.

Sí; antaño era intangible é inviolable, según rezaban las leyes escritas, sola y exclusivamente el jefe de Estado; hoy, bajo la férula de un Gobierno que se titula demócrata, lo son el fabricante, el burgués, en más ó menos escala, los gobernadores, los inspectores de policía, los agentes á sus órdenes, y hasta la más ínfima molécula del engranaje oficial, un alcalde de barrio ó un sereno.

Nunca con mayor saña que ahora se han perseguido los delitos de opinión; en ningún tiempo ha habido tanto escritor procesado, tanto periodista en la cárcel.

El señor Canalejas, poco conocedor de las lacras sociales, en un acceso de hidrofobia gubernamental quiere ahogar entre procesos á todos los que en un bello gesto de emancipación y rebeldía pregonan á los cuatro vientos las desigualdades sociales hoy existentes. El actual presidente del Consejo de ministros, en su supina ignorancia de lo que es la vida, cree que los gritos del hambriento se acallan con medidas procesales; que la libertad de pensar se ahoga conduciendo á las cárceles y presidios á los que tienen el valor cívico de exponerlas á diario lo mismo en la plaza pública que en la prensa.

En sus atentados á la libertad hasta ha olvidado los conceptos que, seguramente con su aprobación, emitió el señor Valarino, siendo ministro de Gracia y Justicia con el señor Canalejas, en el acto de la apertura de los tribunales.

Bien es verdad que el señor Valarino tuvo que abandonar el Gobierno, tal vez asustado del liberalismo de su jefe.

Se equivoca de medio á medio el señor Canalejas. Los tiempos de Calomarde ya pasaron. Los métodos de su Gobierno son contraproducentes, y á nosotros, justo es confesarlo, no nos dan ni frío ni calor. Es decir, nos satisfacen. Nuestra acción revolucionaria y demoledora en contra de la injusta sociedad hoy existente, gana en prosélitos mientras más reaccionarias sean las medidas de Gobierno. A cada proceso que se nos incoa, á cada causa que se nos sigue, un nuevo grupo de luchadores viene á nutrir nuestras filas cada día más numerosas. Puede, pues, el baile continuar; siga la *razzia* de denuncias; mientras más cerradas se hallen las válvulas de la libertad mayor engendramiento de rebeldes tendrá efecto.

La guerra

¡Guerra!... Palabra fatídica que resuena lúgubremente en los oídos humanos, prometiendo ruinas y miseria, lágrimas y sangre.

¡La guerra!... A su solo anuncio se conmueven dolorosamente las entrañas de millones de madres, y los hombres libres, los amantes de la paz bienhechora se estremecen de rabia y de pena al ver que una vez más la sangre siempre generosa de los hijos del pueblo productor será derramada impiadosamente.

Es la guerra la más grande calamidad que afligió al género humano en todos los siglos. Las epidemias, las pestes, las inundaciones, los terremotos no son comparables con esta terrible sembradora de dolores y segadora de vidas que se llama la guerra.

No reporta la guerra ningún beneficio á la humanidad; es inútil, y es una crueldad y una locura. Los mismos que la defienden sienten por ella oculto horror.

Pero si la guerra es en realidad un sucio, un horrible negocio, los que se intitulan sus partidarios, que por lo general pertenecen á los que no han de sufrir sus penalidades, pretenden idealizarla, sublimarla, y dicen como el gran asesino Moltke que la guerra es santa, de institución divina; que es una de las más sagradas leyes del mundo, y que inculca en los hombres los más nobles sentimientos: el honor, la virtud, el desinterés y el valor.

Bien sabemos que eso no es cierto. Lo que hace la guerra es endurecer el corazón de los hombres, despertar sus más bajas pasiones, embrutecerlos, depravarlos. No puede ser de otro modo. Porque la guerra es odio, destrucción, barbarie. ¡Jamás ha podido ser la guerra espectáculo á propósito para inspirar al hombre nobles sentimientos!

He aquí lo que es la guerra. Dos naciones, por cuestión de intereses — tal es el motivo de todas las guerras: los intereses de los capitalistas, — rompen las hostilidades. Las escuadras y los ejércitos de los países beligerantes se buscan, se encuentran, se destrozan. Por espacio de meses ó años centenares de miles de hombres jóvenes y robustos padecen frío, calor, hambre, sed, enferman, incendian, destruyen, se hieren, se matan. Y en sus países millares de familias sufren, lloran, se hallan en espantosa miseria. Al fin, un buen día se hacen las paces; la guerra ha terminado; respira todo el mundo tranquilo, satisfecho.

Y después de tal hecatombe, ¿qué se ha logrado? ¿Ha progresado por ello la humanidad? ¿Se han acrecentado las riquezas de los países beligerantes? ¿Gozan, siquiera, de mayor bienestar que antes de la guerra los habitantes de la nación vencedora? No. Nada de eso. Todo lo contrario.

Después de la guerra quedan, como resultante obligada de tal locura, dos pueblos empobrecidos, exhaustos, relajados; millares de desgraciados heridos sufriendo en los hospitales; millares de muertos pudriéndose bajo tierra ó descomponiéndose en el fondo del mar; millares de mujeres, de padres, de madres, de hijos, de hermanos, de novias, de amigos, llorando por los seres queridos que sacrificó inútil, neciamente, una sociedad injusta, inmoral y cruel.

Sí, bárbaras, inhumanas, repugnantes son las guerras. Nunca son necesarias á los intereses de las colectividades humanas, sino, por el contrario, siempre perjudiciales á esos intereses. Por eso todos los hombres regularmente cultos, medianamente morales, las repudian. Y las guerras desaparecerán. Porque los hombres han nacido para producir lo necesario á su existencia, á su bienestar, á su felicidad; para disfrutar todos los placeres que la naturaleza les brinda generosa: para perfeccionarse, para amar, para ser libres... pero no para que se maten estúpidamente.

JOSÉ CHUECA

Capacidad del proletariado

En el actual movimiento revolucionario mundial tienen mucho que estudiar cuantos abominando de los medios violentos se esfuerzan en propagar que los trabajadores no nos hallamos en condiciones de emanciparnos, porque carecemos de instrucción.

Y por instrucción entiende esta gente haber pasado una porción de años vegetando en las universidades, para al fin sacar la cabeza caliente y los pies fríos, sin más demostraciones de capacidad que un título adquirido quién sabe por qué medios.

Nosotros, por el contrario, creemos que la instrucción vendrá después de la emancipación, porque ésta, dada la constitución de la actual sociedad, únicamente hemos de conseguirla por medio de la fuerza.

Los que dicen que en la guerra franco-alemana triunfaron los alemanes gracias al maestro de escuela, ocultan que en definitiva quien venció á los franceses fueron los cañones y las cargas de caballería.

¿Quiere esto decir que seamos enemigos de la instrucción? De ninguna manera. Si la poseyéramos las luchas serían menos violentas y en casos de poca importancia se evitarían, pero no podemos admitir el sentido que quiere dársele á la palabra instrucción, porque ante la imposibilidad en que nos encontramos los trabajadores de adquirir una instrucción completa, sería condenarnos á eterna esclavitud.

Nosotros entendemos que el trabajador debe instruirse en cuáles son sus derechos y cómo podría conseguirlos apelando á esa fuerza que posee y que inconscientemente pone á disposición de sus enemigos.

Instruída de esta manera la clase trabajadora adquiere todos los conocimientos necesarios para sacudir toda opresión. En Méjico aprende que no debe sacrificar su vida para satisfacer ambiciones políticas, y al grito de «Tierra y Libertad» trata de conquistar los instrumentos de trabajo y la tierra para los que la trabajan; en Inglaterra sabe que es víctima de una explotación inicua por parte de las grandes empresas de transportes y declara la huelga revolucionaria que conmueve los cimientos de la sociedad capitalista; sabe que los gobiernos burgueses se aprestan al despojo de Marruecos y que para ello serán precisos ríos de sangre proletaria, y organiza aquellos hermosos actos de solidaridad humana, levantando con altivez su voz en Berlín, París, Madrid, Barcelona y otros puntos, haciendo detener á los gobiernos en su carrera homicida, y actualmente, en Francia, se da cuenta del robo de que está siendo objeto por los acaparadores de las subsistencias, haciendo imposible la vida de los que las producen, y en un bello gesto de audacia se lanza á la calle á impedir que el latrocinio continúe, exponiendo su vida y considerándose lo *bastante instruídos* para imponer su justa voluntad.

La prensa burguesa ha venido estos días relatando lo ocurrido con este motivo y de ella extractamos lo siguiente:

«París.—Todos los días se registran en diferentes puntos de Francia motines contra la carestía de los alimentos.

En Douai los manifestantes asaltaron el matadero, inutilizando toda la carne.

El populacho atravesó alambres en las calles, para impedir las cargas de la caballería.

En Saint Quintin se reprodujeron los desórdenes.

Las tropas dieron cargas; pero los amotinados se resistieron.

Del encuentro hubo un centenar de heridos.

A un capitán de infantería que se separó de la tropa, le rodeó la multitud, apaleándole y dejándolo muerto.

En muchas calles se han construído barricadas.

Los ánimos están excitadísimos.

Las autoridades procuran en vano calmar la excitación del pueblo; pero se duda que consigan nada, pues al hambre sólo se le acalla con pan, no con razones.

Las subsistencias han alcanzado precios tan elevados, que los jornales de los obreros y sueldos de los empleados, inferiores á aquellos en muchos casos, no alcanzan para cubrir las más apremiantes necesidades.

El conflicto ha tomado un carácter social de difícil solución.

La causa del malestar hay que buscarla en los intermediarios, que obteniendo los productos á bajo precio en los puntos de origen, se hacen millonarios en poco tiempo, vendiéndolos á los almacenistas á precio subido.

Los almacenistas tienen que ganar, y, por consiguiente, han de dar el género á los comerciantes á precio más alto del que lo han comprado.

Los comerciantes han de sacar al capital invertido un tanto por ciento, que la avaricia y el afán de lucro aumenta cada día.

De aquí que el pueblo que tiene que comprar el género para alimentarse tenga que pagarlo á un precio inverosímil por lo alto.

El Gobierno está hondamente preocupado por esta cuestión.

En breve se celebrará un Consejo de ministros, exclusivamente para tratar de este punto »

Con lo expuesto podemos asegurar que si el proletariado no se ha instruído en la forma que nuestros burgueses desean, al menos ha adquirido la instrucción necesaria para conquistar los derechos que durante tantos siglos le vienen arrebatando.

Anarquistas [1]

Pocos conceptos habrán sido tan discutidos, pocos tan vilipendiados, ninguno quizá tan desconocido, tan mal interpretado como el que representa la palabra anarquista, y de aquí el que, en todo momento, pero especialmente cuando la ocasión se presenta, como en el caso presente, nos apresuremos á rectificar el error en que están las gentes de quién son y qué son los anarquistas, por el grave daño que aquel causa, no á las ideas, pero sí á nuestras personas y á la labor de nuestra propaganda.

Aparte nuestro natural egoísmo, es bastante que el error exista y éste perjudique, para que la verdad pretenda ocupar su puesto. Basta de preámbulo y vamos á nuestro objeto, que peor ó mejor, pero imparcialmente cumplido, ha de producir un bien y ser, suponemos, del agrado de nuestros lectores.

Ante todo afirmamos que ni es ni deja de ser anarquista quien así lo desea, porque los sentimientos y las ideas del individuo no dependen de su voluntad, y son aquéllos y éstas los que determinan que sea ó no sea anarquista.

El anarquista es un hombre como los demás en cuanto á las necesidades generales que la vida y la sociedad impone, pero se diferencia de la inmensa mayoría en que se ocupa y se preocupa más que ésta de los grandes males sociales y de su posible remedio, por conseguir el cual se sacrifica, mejor dicho, lo sacrifica la masa (2) que no comprende ó no quiere ni le conviene comprender, su grandeza, su honradez, su buena fe, su altruismo, la razón suprema que le asiste.

En un principio, por la cruda lucha contra los agentes naturales, y después por la rapiña escandalosa y criminal de que ha sido objeto la tierra y todos los útiles de la producción, hace muchos siglos que la humanidad sufre males sin cuento, sin que exista una causa racional que lo justifique.

Actualmente, con los conocimientos que el hombre posee, con el dominio que ejerce sobre la naturaleza, con las poderosas y variadas máquinas que para la producción se utilizan, podrían, no una minoría de privilegiados, sino todos los hombres, llenar cumplidamente sus múltiples necesidades, vivir una vida digna, placentera y elevada, y realizar magnos progresos en todos los órdenes que los conduciría á pasos de gigante hacia la soñada meta, jamás alcanzable, de la armonía total, de la felicidad suma.

La propiedad de la tierra y de los medios de producción, el inicuo derecho de accesión, tantas veces bien definido por nuestro compañero y maestro Anselmo Lorenzo, y el despótico régimen autoritario encargado de sostener esta monstruosa organización social por la fuerza bruta, priva á la mayoría de los hombres de los dones naturales y de los que por el progreso de las ciencias, de las artes, de la mecánica, se poseen y les corresponde como partes integrantes de la sociedad.

El hombre que por delicadeza de sentimientos, por profundo y sincero amor á la justicia, por tener un cerebro regularmente organizado observa, estudia, compara, analiza las causas del mal que siente y ve sentir á los demás y se da perfecta cuenta del malestar social, de sus causas, y de su posible desaparición por medio de una organización libre, justa, racional, equitativa, humana, levanta bandera de rebeldía, se solidariza con los oprimidos, les propaga su fe racional en aquella justa organización base de la armonía y felicidad común, se declara abiertamente contra la superchería religiosa, contra la falsa y perniciosa política, contra la brutal autoridad de la fuerza, contra la inicua y vejatoria explotación del hombre por el hombre, causa directa de la miseria, de la ignorancia, del atraso de las multitudes que gimen desoladas sin adivinar qué ha de poner fin á los inmensos sufrimientos que las diezman, y elevándose sobre la masa general procura enseñarla, dignificarla, mostrándole el camino de su emancipación, á cuyo término cual portentoso faro alumbra el sol de la libertad y del bien.

Este es el anarquista: el hombre que predispuesto por la naturaleza para el bien, tomando de las mil ideas y conductas que en la sociedad bullen, se confunden y luchan en heterogéneo conjunto aquellas que se amoldan á las virtudes en él innatas, abominando del vicio, de la prostitución, de las bajas pasiones, con la esperanza puesta en un risueño y asequible porvenir, riñe constante y ruda batalla contra la injusticia y la maldad imperante, se coloca franca y decididamente al lado del débil, del caído, del esclavizado por tantos siglos de explotación y de tiranía y propaga la rebelión contra las causas origen de tantos y tan graves males como afligen á la ignorante, más que perversa, sociedad.

Es, pues, el anarquista un hombre inteligente, estudioso y de bellos sentimientos. Es el más honrado en el recto y racional sentido de la palabra, el más formal, el más digno, el mejor compañero el mejor padre, el más fiel y desinteresado amigo, el altruísta que goza practicando el bien por el bien mismo y que siente tan profundo amor por el pueblo como desprecio y odio que podríamos calificar de santo, á los tiranos que lo estrujan.

No es ni puede ser anarquista quien se siente autoritario; no es anarquista quien se ensoberbece ante los humildes y se arrastra hipócrita y cobardemente ante los poderosos; no es anarquista quien no siente ni comprende las tremendas injusticias actuales y las armonías y grandezas de la sociedad del porvenir. En nuestro dintel pudiera ponerse aquel letrero de «Ni son todos los que están, ni están todos los que son.»

Existen infelices que al sentirse pisoteados por el burgués ó por la autoridad y revolverse airados en palabras ó actos de violencia se llaman ó se consideran anarquistas, cuando son simplemente rebeldes por accidente que cambiadas sus condiciones sociales cambian asimismo sus ideas y sus procedimientos, y bajo el ropaje del rico existe más de un perfecto anarquista cuya educación burguesa y condiciones sociales no le permiten desenvolverse y manifestarse.

Si dijéramos cuanto sobre este punto puede decirse, este escrito tomaría unas proporciones que imposibilitarían su publicación en un periódico.

Terminamos diciendo: Hombres los anarquistas que viven en la sociedad actual, en más ó en menos, se contagian de sus vicios y defectos, viéndose mil veces obligados á marchar por un camino que no es el recto que, conforme á sus honrados propósitos desearían y necesitarían seguir para satisfacer sus elevadas aspiraciones y llegar más pronto á la meta de sus nobles deseos; pero sin transigir jamás en aquellos puntos primordiales que forman su ser y sus convicciones, luchan y lucharán noble y desinteresadamente por la gran causa de la justicia, de la libertad y del derecho.

FELIPE CUBAS

(1) Complemento de nuestra réplica al artículo «El libro de sospechosos», publicado en 26 agosto en *España Nueva*.

(2) Llamamos masa así al conjunto de ignorantes, como á los sabios de pacotilla y á los que teniéndose por instruídos, su egoísmo y su necio orgullo les impide la transacción.

ALMANAQUE DE "TIERRA Y LIBERTAD"

Todos los compañeros que han ofrecido colaboración para este trabajo y cuantos deseen colaborar, deben apresurarse á remitirnos sus originales, porque se acerca el término racional de espera y hemos de empezar pronto el arreglo y la impresión.

A juzgar por el material hasta ahora recogido y por la importancia del prometido, este Almanaque resultará un interesante libro de propaganda y de difusión científica que merecerá ser conservado.

Nada podemos anticipar aún acerca de su mérito artístico. Prometemos, no obstante, no descuidarle.

Según un ligero cálculo, sus condiciones económicas le impondrán el precio de una peseta, con el descuento proporcional acostumbrado.

Los Concursos

Terminada la publicación de los artículos enviados para el Concurso iniciado por el grupo «Los Egoístas», de Gatún (Panamá), en este número damos comienzo á los enviados para el propuesto por el grupo «Sin Nombre», de Gorgona.

Aplaudimos ambas iniciativas, las que dan ocasión para exponer los diferentes criterios sustentados dentro del ideal anarquista para que de la exposición de ellos brote la luz.

Como hicimos con el anterior Concurso, iremos publicando *todos* los trabajos por el orden que se reciban dentro de cada tema.

Próximamente publicaremos el resultado del Concurso del grupo «Los Egoístas», haciendo entrega de cantidades donadas por los iniciadores del mismo.

Primer tema del segundo Concurso

¿QUÉ MEDIO ES EL MÁS PRACTICO PARA COMBATIR LA RELIGIÓN?

Siendo toda *religión* el culto que se da á la llamada *Divinidad*,

Siendo toda *Divinidad* una *supersticiosa* creencia,

El medio de concluir con aquélla (con la *religión*) está en demostrar la falsedad de ésta (de la *divinidad*). Es tarea igual á la que se imponen los misioneros de unas religiones cuando quieren catequizar prosélitos entre los creyentes de otras religiones: todo se reduce á *modificar el criterio* de los á quienes se trata de catequizar.

¿Cómo se modificará ó se formará (según los casos) el *criterio*, en contra de las llamadas *religiones*? Ilustrando las inteligencias y educando los sentimientos mediante sabias enseñanzas derivadas de la moderna *Ciencia positiva*, de la *filosofía racionalista* moderna.

¿Qué enseñanzas son esas, y cuándo y cómo se han de dar ó imbuir? Desde el primer momento en que puedan ser comprendidas y sentidas, y compendiadas en forma de *catecismo*.

Sirva el siguiente ejemplo:

DEL SER HUMANO

I

—Decidme: ¿qué sois, ante todo?

—Una *forma humana*

—¿Qué entendéis por *forma*?

—Cualquiera de los múltiples *aspectos* que reviste la *sustancia única* de que se compone la Naturaleza.

—¿Qué entendéis por *humana*?

—El nombre que se dió á la especie á que pertenecemos, para distinguirla de las demás que existen en el Planeta.

—¿Qué entendéis por *Sustancia única*?

—Todo cuanto existe, repletando las amplitudes de *extensión* sin límites y de *duración* sin principio ni fin, y que recibe el nombre de Cosmos, Universo ó Naturaleza.

—Según eso: las *sombras*, las *ideas*, los *delirios*, los *sentimientos*, otros fenómenos psicológicos, ¿son también *materia* ó *sustancia*?

—Las *sombras* son efecto de óptica, producidas por la interposición de un cuerpo más ó menos opaco ante los rayos luminosos, y con relación á nuestra vista; también se llaman *sombras* á cuerpos sumamente enrarecidos; como las ráfagas de aire, etc. Las *ideas*, los *ensueños*, los *sentimientos*, etc., y demás fenómenos psicológicos, son *funciones cerebrales*, que explican sabiamente los biólogos.

—¿Es que en la Naturaleza no hay otra cosa sino *materia*?

—Hay también el *espacio*, sitio ilimitado que lo contiene todo, y el *tiempo*, agente eterno que lo interviene todo, presente en todo, y que *modifica* las *formas* que afecta la *materia* ó *sustancia única*.

—¿Me podríais poner un ejemplo de cómo la *sustancia* está contenida en el *espacio*?

—De modo semejante (no igual) á como el vino puede estar contenido en el agua, ó